

CRONICA LITERARIA.—

Rilke en las Memorias de Zweig

Por ALONE

Teóricamente el lector no debería preocuparse del autor sino del libro que está leyendo: éste constituye la materia prima, es lo que existe y provoca interés; lo demás, simple apéndice, podría perfectamente suprimirse o ignorarse sin que la obra cambiara o padeciera. De hecho hay los anónimos, durante largo tiempo atribuidos a escritores que no existieron o que escribieron otras cosas. Las mistificaciones forman un capítulo de la Historia Literaria nutrido de celebridades como MacPherson, el Falso Ossian.

Pero una cosa es la teoría y otra son los hechos.

No bien comienza, un libro a interesarnos ya queremos saber quién lo escribió; y además cuándo, cómo, porqué, en qué circunstancias, bajo cuáles influencias. No sólo nos importa su persona, sino su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas. No pocos llegan al abuelo. Por fin, el que debería ocupar el primer término, el libro, queda relegado a la sombra como pretexto de las investigaciones por el desencadenadas.

Es la crítica establecida por Sainte-Beuve en el siglo pasado y que domina hasta ahora. Si de culpa se trata, "ecce homo"... Pero sería en todo caso una culpa ¡tan digna de perdón!

Es lo humano. Para quien de veras ama los libros, éstos no son un atado de papeles; son una creatura con la cual conversamos, que nos acompaña y queremos insaciablemente conocer, penetrando sus íntimos secretos, aún aquellos que acaso él mismo ignoró y que el pasado, revelador e indiscreto, exhibe.

La exageración, o sea, el pecado, sería llegar a prescindir de la obra misma para concentrar todo el interés sobre la persona, preferir, a su voz, los ecos y resonancias que despierta, abandonando la presa por la sombra, saborear, en vez de la novela, al novelista, y de la poesía, al poeta.

¿Confesaré que esto es lo que me acaba de suceder?

Hace tiempo, Gloria Moreno, que sabe alemán, tradujo magistralmente uno de los "cuadernos" de Rainer María Rilke. No conservo de él ninguna impresión. De lo cual deduzco que no me la causó. Pero, continuamente, por aquí, por allá, el nombre de Rilke cruza mi camino. Es uno de los grandes nombres de la literatura contemporánea y tal vez el que conserva más fieles admiradores en la época actual. Para mí, es principalmente eso: un hombre. Conviene decir las cosas como son.

Persiguiendo la huella del admirable incógnito no he perdido uno de la serie de artículos publicados, en esta misma página, por mi buen vecino Ignacio Valente. Ha sido una nueva aproximación indirecta a la obra cuyo original se me escondía. ¿Quién era, cómo era Rainer María Rilke? Bastaría alguno de sus libros para saberlo de primera mano, pero otra vez la vía transitoria me resulta de más fácil acceso y, en vez del criticado, voy al crítico. Ocurre la coincidencia de que al mismo tiempo que los comentarios de Valente, he estado leyendo las memorias de Stefan Zweig y me he encontrado

páginas tan elocuentes sobre la figura. Rainer María Rilke, que considero oportuno dedicarles el espacio de una crónica.

Entre los retratos que componen la extensa y, también, intensa galería de estas memorias, por las que desfilan los grandes personajes de su época, ninguno tan original, delicado y aparte como el de Rilke, imborrable por la levedad de su dibujo y que deja huellas profundas con pie impalpable. En torno suyo se suceden adjetivos inesperados: silencioso, esotérico, invisible; se disuelve en el aire, solitario... "Pero —pág. 133— no fue una soledad voluntaria, forzada o revestida de aire sacerdotal, como la de Stefan George en Alemania. El silencio crecía en torno suyo dondequiera se encontraba. Apartándose de todo ruido y hasta de su fama —esa "suma de todos los malentendidos que se reúnen alrededor de un nombre", según él dijo— la ola de impetuosa curiosidad que arremetía contra él sólo humedecía su nombre, no su persona. Era difícil aproximarse. No tenía domicilio, dirección donde buscarlo, ni residencia duradera, hogar o empleo. Siempre estaba caminando a mundo traviesa y nadie, ni siquiera él mismo, sabía de antemano a donde se dirigiría. Para su alma, inconmensurablemente sensible a la presión, cualquier resolución precisa, cualquier proyecto o anuncio significaban ya una carga".

Un breve paréntesis sobre la traducción.

La obra que utilizo, titulada "El Mundo de Ayer, Autobiografía", la publicó en Buenos Aires la editorial "Claridad", el año 1942, como traducción directa del alemán por Alfredo Cahan. Difícilmente se encontrará otra hecha tan desagradablemente, con tal cantidad de errores visibles y groseras cacofonías. Las editoriales argentinas nos tienen habituados a un trato diferente, correcto y pulcro, a menudo de un gran refinamiento: el de "Claridad" por medio del señor Cahan desafina en ese concierto: diríase a veces que tiene el propósito de hundir al autor y volverlo insoportable.

Pero la prosa de Zweig resiste; ¡lo que prueba su fuerza! Es una prosa de alta tensión, apremiante, vehemente, reiterativa, que trasmite sus vibraciones al lector y con frecuencia lo estremece hasta el drama.

Por lo demás, ahí, en la nota dramática, está su tono fundamental. La pintura del Mundo de Ayer está desarrollada ante la catástrofe inminente, entre las dos guerras, cuando la humanidad respiró por unos años creyéndose libre, antes de la catarata hitleriana, una de cuyas grandes víctimas fue el propio Zweig, y acaso la más patética, porque cayó desde más alto.

Pero sigamos con Rilke, aunque sea arreglando un poco, de paso, la versión. Habla de su potencia imponderable.

"Hallábase uno en una galería italiana —pág. 134— y sentía que lo alcanzaba una suave sonrisa amable, sin darse cuenta cabal de dónde procedía. Sólo después se reconocían los ojos azules que, al mirarlo a uno, animaban sus rasgos —que de por sí no llamaban la atención— con una luz interna".

Poseía el secreto de pasar inadvertido, de entrar a las habitaciones sin que lo sintieran; aparecía y desaparecía como un fantasma.

"Miles de personas habrán pasado frente junto a ese joven de bigote rubio que caía, un tanto melancólicamente, sobre las formas ligeramente esclavas de su rostro, sin sospechar que ése era un poeta, uno de los más grandes poetas de nuestro siglo".

Estaba en el otro polo del chambergo y la melena, de la capa y el aire ostentoso que va diciendo "mirenme", soy yo... Llegaba a una reunión sin que lo notaran y no bien, por fuerza de la gravitación natural, se convertía en el centro de las miradas, buscaba modo de evadirse, también sin que se dieran cuenta. La vulgaridad lo hacía encogerse y disminuir. Su indumentaria modesta, de acuerdo con su estrecha situación, no excluía, sin embargo, pequeños detalles refinados, como una cadénita de fina plata en la muñeca. Su sentido de la perfección alcanzaba a lo más íntimo. Zweig cuenta que lo vio un día hacer su maleta: era una obra de arte, un mosaico que hasta tenía su belleza, como todo lo bien realizado. Escribía en el papel más fino con una letra admirable y no admitía tachaduras. Irradiaba distinción, su trato hacía imposible la ordinareiz o purificaba de inmediato la atmósfera. Esta exigencia constante de su conducta no hacía fácil su amistad y pocos podían vanagloriarse de ser tratados de tú por Rilke. En los seis tomos de sus cartas no hay ninguno.

"Su sensibilidad extraordinaria no soportaba que algo o alguien se le acercase demasiado; sobre todo, lo demasiado pronunciadamente masculino le causaba un malestar poco menos que físico. En la conversación se ofrecía más fácilmente a las mujeres".

Esto vuelve más agudo el contraste que sigue.

Cuando estalló la guerra, Zweig, pacifista de profesión, pudo asilarse en una repartición poco gloriosa donde no había peligro de matar a nadie. Le confiaron la organización del archivo de guerra.

Pidió un ayudante, "Cierta día alguien golpeó a mi puerta. Se presentó un soldado bastante tímido. Quedé sorprendido. ¡Rilke, Rainer María Rilke de uniforme! Ofrecía un aspecto enternecedoramente desmañado, el cuello de la casaca demasiado ancho y él, confundido por la idea de tener que saludar a cada oficial, juntando los talones con un golpe. Y como en virtud de su coerción mágica en el sentido de la perfección quería cumplir ejemplarmente aún esos formulismos del reglamento, se encontraba en un estado de sobresalto permanente". Debía de parecerse a Proust cuando hizo su servicio militar.

La verdad es que la novela que escriben los novelistas, como la poesía de los poetas, sólo es una pequeña parte del tesoro de aventuras y emociones que llevan dentro y que su presencia real permite, a veces, presentir; por lo que suelen ellos despertar mayor interés que sus obras aunque sean éstas las que indican la pista...

Piedra Roja, Febrero de 1968.